EL UMBRAL GRATUITO

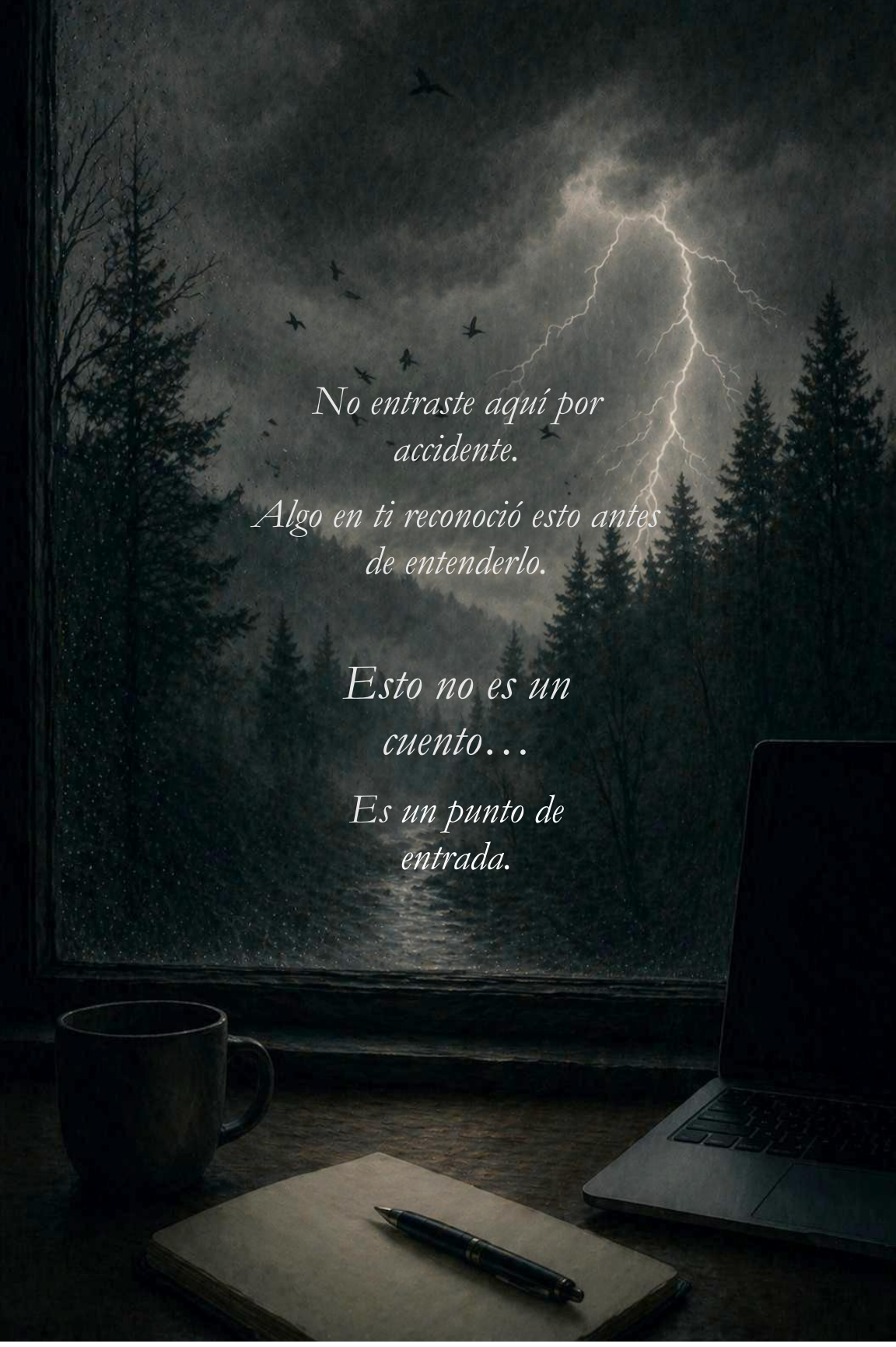
PRIMER ACCESO A
LA CASA DEL ESCRIBA

PEQUEÑAS HISTORIAS.
EFECTOS DURADEROS.

LA CASA DEL ESCRIBA
INSTANTES NARRATIVOS

GUILLERMO ISAZA FISCO

Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo
Haz clic aquí para apoyar este proyecto
Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.



No entraste aquí por accidente.

Algo en ti reconoció esto antes de entenderlo.

Esto no es un cuento…

Es un punto de entrada.

OBJETO NARRATIVO 001

EL UMBRAL GRATUITO

Muy buenos días a todos.

Me llamo Adrián.

No sé exactamente cómo encontré este sitio web ni por qué me detuve frente a él. Era solo un enlace más, perdido entre millones de otros. Sin color. Sin promesa. Sin urgencia. Apenas una imagen imprecisa y una única palabra, suspendida en medio de la pantalla como una orden demasiado sencilla para resultar inocente:

Cruza.

Nada más.

No recuerdo haber tomado una decisión consciente. No hubo impulso. No hubo curiosidad particular. Tampoco necesidad. Simplemente ocurrió, como cuando uno se acerca demasiado al borde de un precipicio y, sin advertirlo del todo, el cuerpo ya ha dado ese paso mínimo del que nunca se regresa.

Supuse que, tarde o temprano, aparecerían unos precios. Alguna línea discreta al final del recorrido. Un clic inevitable. Tal vez unas cifras simbólicas. Un gesto casi automático para continuar. No me inquietaba demasiado. Lo natural habría sido eso.

Y, sin embargo, lo que sentí no fue la expectativa de una compra.

Fue otra cosa.

Una sensación leve, casi imperceptible, difícil de nombrar con precisión. La impresión de que aquello no intentaba venderme nada, sino invitarme a entrar en algún sitio cuya existencia yo no recordaba, pero que de algún modo me resultaba vagamente familiar.

Mi intuición me decía que, al terminar aquella lectura, probablemente haría clic donde fuese necesario. Pero aún no. Por ahora me limité a aceptar aquella aparente cortesía, como quien recibe una primera llave sin saber exactamente qué puertas estaba a punto de abrir.

Y seguí adelante en silencio.

***

Dentro de este relato, los árboles se inclinaban apenas, como si una fuerza silenciosa los empujara desde un punto imposible de identificar. Las hojas no temblaban. Obedecían.

Un relámpago abrió el cielo sin aviso y, durante un segundo insoportablemente nítido, todo quedó expuesto: las ramas negras contra el cristal, el borde del escritorio, mi propio reflejo suspendido en el vidrio con una claridad casi ofensiva. Después llegó el trueno, tardío y distante, como si perteneciera a otro paisaje, a otra tormenta, o quizá a otro tiempo.

Un grupo de aves cruzó la oscuridad en diagonal. No huían. No buscaban refugio. Se desplazaban con una determinación extraña, como si respondieran a una señal previa, a una certeza que yo todavía no pretendía compartir.

Y entonces sentí, desde lo más profundo de mi ser, un deseo irracional de que algo cambiara. Pero nada cambió.

La lluvia siguió cayendo con la misma precisión insoportable. Exacta. Demasiado exacta.

Fue entonces cuando advertí al gato.

No sé en qué momento apareció.

Estaba junto a la ventana, inmóvil sobre el borde exterior del alféizar, como si hubiese estado allí desde mucho antes de que yo entrara en aquella habitación.

Negro. Delgado. Extraordinariamente quieto.

Demasiado quieto.

La lluvia le corría por el lomo y, aun así, no parecía incómodo. No buscaba refugio. No se encogía. No se movía.

Solo me observaba.

Con esa paciencia antigua que algunas criaturas parecen haber heredado de la noche… o de algo aún más remoto.

Parpadeó una sola vez.

Y sentí, de una manera completamente absurda, que me había reconocido antes incluso de que yo lo viera.

Aparté la mirada.

Y devolví toda mi atención al archivo.

Las primeras líneas eran simples. Encantadoramente simples.

"Muy buenos días a todos.

Me llamo Adrián."

No me detuve a pensar por qué mi nombre aparecía allí.

Quizá porque aquel inicio no intentaba impresionarme. No buscaba convencerme. No reclamaba nada. No parecía una trampa.

Simplemente estaba ahí.

Esperando.

Seguí leyendo.

Y entonces ocurrió.

No era que estuviera leyendo más rápido. Era algo más difícil de explicar. Una sensación extraña, como si una parte de mí quisiera adelantarse a las palabras. Llegar antes que ellas. Antes de la

siguiente frase. Antes de la siguiente idea. Como si algo, desde algún lugar imposible de precisar, supiera exactamente qué esperaba encontrar.

Me detuve.

Volví al inicio.

Leí otra vez.

"Muy buenos días a todos.

Me llamo Adrián."

Esta vez permanecí inmóvil varios segundos, con la vista fija en la pantalla.

No por la frase en sí.

Era demasiado simple para justificar aquella incomodidad.

Y, sin embargo, ahí estaba.

No me perturbaba el nombre.

Me perturbaba la naturalidad con que aparecía.

Como si hubiese estado aguardándome desde antes.

Intenté racionalizarlo. Algún recurso interactivo. Un truco automatizado. Una coincidencia improbable. Algún mecanismo que yo no comprendía del todo.

Pero no recordaba haber escrito mi nombre en ninguna parte.

No había iniciado sesión. No había dejado datos. No había autorizado nada.

Volví a leer.

"Muy buenos días a todos.

Me llamo Adrián."

Las palabras eran exactamente las mismas.

Pero ya no eran iguales.

Algo había cambiado.

O quizá el cambio estaba ocurriendo en mí.

Había algo allí.

No exactamente en el texto.

Tampoco fuera de él.

Sino en ese borde ambiguo donde una historia deja de ser únicamente leída… y comienza, de una forma inquietante, a leerte a ti.

Sentí un frío leve recorriéndome la nuca.

Afuera, la lluvia seguía golpeando el vidrio con aquella exactitud insoportable.

El gato continuaba allí.

Inmóvil.

Observándome.

Entonces decidí cerrar el archivo.

***

—No lo cierres.

La voz no vino de ningún lugar. Y, aun así, estaba detrás de mí.

No como un sonido. Más bien como una certeza.

Me giré de inmediato.

Nada.

Solo la penumbra del cuarto, la lluvia golpeando el vidrio, mi reflejo deformado en la ventana… y el gato, todavía allí, inmóvil, observándolo todo con esa paciencia insoportable de quien parece haber llegado antes.

—Veo que te detuviste.

Sentí que la voz no sonaba cerca.

Tampoco lejos.

No parecía atravesar el aire. Más bien surgía desde algún espacio menos defendido, más íntimo, como si hubiera encontrado una forma de hablar desde dentro de mis propias preguntas.

Tragué saliva.

—¿Quién habla?

La pausa fue demasiado larga.

Luego llegó la respuesta.

—Guillermo.

Silencio.

Y después, con una calma extrañamente familiar:

—Guillermo Isaza Fiscó.

Otra pausa.

—Aunque, en realidad… el nombre no importa.

No sé por qué aquello me inquietó más que encontrar mi propio nombre dentro del relato.

—¿Qué es esto?

La respuesta tardó.

No como si dudara.

Como si estuviera decidiendo cuánto debía saber.

—Eso que intentabas cerrar.

Negué casi en un susurro.

—Eso no responde nada.

Mi nombre seguía allí, inmóvil en la pantalla.

El silencio se tensó entre nosotros mientras la lluvia golpeaba el vidrio con una precisión casi insoportable.

Cuando volvió a hablar, lo hizo más despacio.

Como si eligiera cada palabra con una paciencia antigua.

—Tal vez la pregunta correcta no es qué es esto.

Sentí un leve frío recorriéndome la nuca.

—Entonces, ¿cuál es?

—Cuánto estás dispuesto a permitir que este relato avance.

No entendí.

O quizá sí.

Y eso era peor.

—¿Cuánto crees que te costará… lector… si sigues?

La palabra lector no se sintió pronunciada.

Se sintió reconocida.

Como si hubiese sido mía antes de escucharla.

Miré la pantalla.

—Por ahora… nada.

La respuesta llegó inmediata.

Seca.

—No.

Silencio.

Más denso esta vez.

—¿Cuánto te costará en realidad si sigues?

No respondí.

Porque, por primera vez, ya no estaba seguro de que aquella pregunta hablara de dinero.

La lluvia arreció.

El gato no se movió.

—No he comprado nada.

—Aún.

La palabra quedó suspendida entre nosotros, como si no perteneciera del todo a una conversación.

Pensativo, volví lentamente al computador.

Abrí el archivo otra vez. Y entonces, casi sin advertirlo, activé el audio.

Escuché.

Pero la voz que comenzó a reproducirse no venía de los parlantes. Tampoco de mi cabeza.

Era algo más extraño.

Como si el aire mismo hubiese recordado el texto y decidido devolverlo a su manera.

—¿Lo sientes?

No respondí de inmediato.

—No sé qué es.

—Nadie lo sabe la primera vez.

—¿Qué hace?

La respuesta fue inmediata.

—Acorta.

—¿Qué cosa?

—El camino.

Y algo cambió.

No porque recibiera ideas nuevas.

Sino porque comenzaron a llegar de otra forma.

Sin recorrido ni transición.

Como si ciertos pensamientos no viajaran hacia mí, sino que simplemente aparecieran más cerca.

No leí, escuché. Y entonces entendí.

No se trataba del texto. Ni del audio. Ni siquiera de aquella voz.

Se trataba de lo que activaban.

Intenté cerrar los archivos.

Lo hice.

La pantalla volvió a la normalidad.

Pero algo no regresó conmigo.

—Ahí está.

—¿Qué cosa?

—Lo que ahora empieza a faltarte.

—¿Faltarme?

—Continuidad.

Miré el enlace otra vez.

No parecía el mismo.

O quizá el que había cambiado era yo.

Debajo apareció una línea que no recordaba haber visto antes.

Esto no termina aquí.

—¿Y si no quiero seguir?

La lluvia continuaba cayendo.

Pero ya no la escuchaba.

—Puedes no seguir.

—¿Seguro?

—Claro.

Hubo una pausa.

Luego la voz añadió, con una serenidad que me inquietó más que cualquier amenaza:

—Pero ten en cuenta que ya cruzaste.

El aire se volvió repentinamente más denso.

Más íntimo. Más cercano.

—¿Existe algún peligro?

Guillermo tardó en responder.

Cuando finalmente habló, su voz sonó extrañamente serena.

—Sí.

—¿Cuál?

—Creer que esto empezó cuando hiciste clic.

Sentí un vacío breve.

—¿Y no fue así?

—No.

—Entonces… ¿cuándo?

No hubo respuesta.

Solo silencio.

Y después:

—Sin darte cuenta, ya sientes que el siguiente relato te espera.

—¿Por qué?

—Para que no puedas decir que no lo viste.

La voz no desapareció.

Tampoco permaneció.

Simplemente siguió estando.

Como ciertas ideas que, una vez instaladas, ya no consigues desalojar.

—Si lo deseas —dijo finalmente—, solo tú podrás abrir el siguiente umbral.

No hubo eco.

No hubo cierre.

Solo una certeza nueva.

Esta vez, ya no incómoda.

Yo no solo deseaba hacer clic.

También anhelaba respuestas.

Y algo dentro de mí, sin pedir permiso, ya había decidido seguir.

***

Si llegaste hasta aquí, quizá comprendas que algunos relatos no terminan exactamente donde parecen hacerlo.

Algunos simplemente cambian de habitación.

El siguiente no intentará impresionarte.

No necesita hacerlo.

Solo caminará contigo un poco más.

Y si decides continuar, probablemente no será por curiosidad.

Será porque algo en ti ya reconoció el camino antes de que pudieras nombrarlo.

FIN

Gracias por haber cruzado este umbral
Si deseas ayudar a que nuevos relatos sigan naciendo, puedes apoyar este proyecto aquí.
Haz clic aquí para apoyar este proyecto
Gracias por leer, escuchar y acompañar este proyecto.

© 2026 Guillermo Isaza
Fiscó
Todos los derechos
reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin
autorización